



## Una mirada irreversible

IGNACIO MADERA V., SDS\*

### RESUMEN

**S**i comprendemos la transición como el paso de un sistema a otro, podemos afirmar que el Concilio Vaticano II es una real transición en la vida de la Iglesia. La transición conlleva procesos de avance, de retorno y de aparente invierno, pero el paso ha sido dado, es decir, no puede la realidad eclesial volver a ser la misma que fue antes del citado Concilio.

Desde el punto de vista teológico, esta transición conlleva una teología histórica que en primer lugar hace referencia a la cristología como eje de toda teología cristiana; y ello repercute de inmediato en la eclesiología y en el resto de la teología en la Iglesia; teología que desemboca en una espiritualidad con sus consecuencias en el ser y la misión del teólogo como intérprete de la acción de Dios y testigo comprometido con la construcción de la historia en diálogo fecundo con el resto de saberes.

Palabras clave: *Transición, historicidad, cristología, espiritualidad, compromiso.*

#### Abstract

*If we understand transition as a change from one system to another, we can affirm that the Second Vatican Council is a real transition in the life of the Church. Transition carries with it a*

---

\* Licenciado en Filosofía y Letras y en Teología, Universidad Javeriana. Doctor en Teología, Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Provincial en Colombia de los Padres Salvatorianos. Correo electrónico: ignaciomadera@yahoo.com

*process of progress, return and of apparent winter, but the step has been taken, that is to say, the ecclesial reality cannot be the same as it was before the Council.*

*From a theological point of view, this transition supposes a historical theology which in the first place sets christology as the axe of all christian theology; this immediately has its consequences in ecclesiology and the rest of theology in the Church. This theology brings forth a spirituality that has its consequences on the being and the mission of the theologian as an interpreter of God's action and a witness engaged in the construction of history within a fruitful dialogue with the rest of knowledge.*

*Key words: Transition, historicity, christology, spirituality, engagement.*

Es imposible hablar o escribir acerca de la Iglesia sin sentirnos implicados en aquello que decimos; sobre todo, si quien se expresa ha entregado su vida al anuncio de la aparición de la bondad de Dios en Jesucristo salvador y a la vivencia, entre luces y sombras, de la propuesta sugestiva que es la vida religiosa como don del Espíritu en la Iglesia. No puedo decir, por tanto, que mi palabra no sea interesada en el más auténtico sentido del término, porque estoy partiendo de unos presupuestos que no puedo eludir: mi vida, lo que soy, lo que he buscado en la Iglesia a lo largo de mi pertenencia a la vida religiosa en ella, están afectadas por todo lo que el Concilio Vaticano II conllevó: aires nuevos, vientos frescos y también, por qué no decirlo, huracanes inesperados, en el decurso de estos años.

Lo que ha pasado y hemos vivido entre nosotros –las discusiones y confusiones, las equivocaciones y las intransigencias, las radicalizaciones y totalizaciones, los desafueros y represiones, las reconciliaciones y perdones, los reconocimientos y los regresos, los silencios y retornos al desierto, la desilusión y la esperanza– ya estaba implícitamente previsto por el Concilio al invitarnos a descubrir la presencia inesperada o evidente de Dios en la historia en todo lo que acontece (GS, 8); y a rastrear los signos de los tiempos como lugares y situaciones en las cuales Dios habla a la humanidad, de manera que pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación entre ambas.

Y como en el episodio de Emaús, una vez más, debemos decir que él ha estado allí, en el camino, escuchando nuestros silencios y gritos, para mantenerse disponible a entrar en nuestra casa y hacerse reconocer en la fracción del pan (Lc 24,13-35). Así como hemos vivido confusiones, también hemos experimentado grandes gozos, gestado ilusiones, visto la construcción de nuevas utopías. Y Vaticano II ha hecho eco de estas realidades disponiéndose a un diálogo con la humanidad sobre el sentido de sus luchas, esfuerzos y búsquedas (*GS*, 3).

Una nueva comprensión del sentido de los signos de los tiempos como lugares desde los cuales podemos descubrir la acción y la presencia de Dios en la historia (*GS*, 4) llevaba consigo una nueva epistemología teológica y pastoral (*DV*, 24; *SC*, 16; *ChD*, 16). Porque ahora el acento está puesto en el rastreo de la brisa suave en la cual habita Dios y en la perspicacia del profeta para poder captar que, en esa suavidad de la brisa, está él (1Re 19,12 ss). Podemos decir que con el Concilio se inauguró un nuevo modo de hacer teología y una nueva manera de analizar la acción pastoral (*DV*, 24).

El asunto importante para mí, en esta hora del continente, no está en hacer consideraciones acerca de sus logros mayores o menores con relación al pasado, sino en verificar lo que se ha inaugurado como búsqueda de respuesta al tiempo presente. Por ello he dado el título a esta reflexión "Una mirada irreversible", en contraste con la mirada hacia atrás de la mujer de Lot que petrifica. Quisiera lanzar la mirada hacia el futuro, de manera que me abra a la esperanza y genere el deseo de continuar reproduciendo una herencia y una tradición que estimulan la entrega de la vida. El futuro puede ser mejor que el presente. Concientemente no he querido asumir la perspectiva de quien hace un balance, sino la de quien quiere rastrear signos de esperanza y lanzarlos como retos a la construcción de la propia felicidad al interior de la barca eclesial. Las anclas han sido elevadas; no importa si en el mar todavía existen corrientes resistentes o remolinos peligrosos. Ella sigue en marcha.

### **LO QUE ALGUNOS CREYERON**

Para algunos y algunas, el Concilio se concibió como un cambio radical que se realizaría a la manera de una sucesión de nuevas posibilidades y alternativas que provocarían un nuevo modo de presencia de la Iglesia en la histo-

ria de la humanidad contemporánea; o al menos como un proceso con sus altibajos, pero siempre hacia delante, ondulatorio o en espiral. Estas maneras de concebir el cambio no posibilitan la integración del retorno, de los intentos de vuelta atrás, como componentes de la transición.

Me autorizo entonces a pensar que los cambios de un sistema a otro, de un modelo de sociedad al otro, de una estructura institucional a la otra, no siempre se dan como procesos lineales o cíclicos en donde se integren altibajos, sino que pueden ser el resultado de un proceso de vaivén en el cual se integran momentos de regreso o fuerzas que propenden al regreso, pero siempre se ha logrado un avance que hace imposible que los retornos signifiquen el volver a lo que ya no se puede recuperar: está en el pasado del proceso de cambio. Por ello, aunque se quisiera volver a recuperar lo superado, lo que ahora se ofrece es otra realidad, que puede incluir las estructuras subyacentes de lo anterior, pero no llega a ser repetición o recuperación de lo mismo en sus características anteriores.

En relación con el Vaticano II puede sucedernos que si bien hemos visto que mucho ha cambiado, igualmente, ante lo que todavía permanece, cedamos a la tentación del desencanto. Porque tal vez hemos esperado mucho más y hemos creído en la linealidad de la transición. Esta consideración me parece importante, porque muchos y muchas creyeron, a partir de su comprensión del cambio, que la Iglesia de Jesucristo, fuerza del Espíritu en la historia, necesariamente tendría que realizar todas las novedades señaladas por el Vaticano II de manera lineal y rápida. Y cuando la historia posterior al mismo ha ofrecido grandes luces, pero también algunas sombras, entonces lo que debemos revisar no son sólo las reales aplicaciones de los planteamientos del Concilio sino también nuestra comprensión de la transición en los procesos de cambio, para identificar por dónde van las grandes intuiciones conciliares que deben seguir impulsando la marcha de la historia de la Iglesia y por dónde las correcciones de óptica que pueden mantener el pulso del navegar en la barca con la brújula señalando hacia el futuro.

### **LO QUE ES IRREVERSIBLE**

Pienso que el Concilio produjo el efecto que significó: una real renovación del ser y de la vida de la Iglesia (*LG*, 12.15). Las cosas no podrían volver a ser como antes. Y ello se expresa en una nueva teología y en nuevas alternativas

de la acción creyente en el mundo. Quiero señalar algunos elementos teológicos conciliares que hacen irreversible la comprensión que la Iglesia ha desarrollado acerca de sí misma y de su misión en el mundo.

Al asumir esta perspectiva –repito– quiero señalar que no haré una reflexión en términos de lo que no se ha logrado, sino en clave de lo que ya es adquisición sin posibilidades de reversa.

### Una teología histórica

Porque el Concilio tuvo como inquietud una respuesta al mundo presente y una adecuación de la misión de la Iglesia en el mundo, provocó una profundización en el sentido histórico de la revelación sin precedentes en la historia de la Iglesia (*LG*, 1; *GS*, 1). El sentido mayor de la encarnación se expresa de esta manera como descubrimiento de la historia humana, con todo lo que ella conlleva de vicisitudes y fragmentos, como el lugar en el cual Dios se muestra a la humanidad herida (*LG*, 65; *SC*, 35). Y esa revelación de Dios es la acción histórica del Logos hecho hombre en la historia de Jesús de Nazaret. Ya no hay dos historias, sino una única historia lugar de locución de Dios y descubrimiento del sentido de la revelación en ella (*GS*, 45; *LG*, 8). “Vino, por tanto, el Hijo, enviado por el Padre, quien nos eligió en él antes de la creación del mundo y nos predestinó a ser hijos adoptivos, porque se complació en restaurar en él todas las cosas (cfr. Ef I, 4-5 y 10). Así, pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención.” (*LG*, 3: *DV*, 6)

La cristología adquiere así su rol central al interior de la reflexión teológica, puesto que para los cristianos en Jesús, el Cristo, Dios ha irrumpido en la historia humana (*GS*, 38). Se nos ha revelado a través del Hijo, quién y cómo es Dios y quién y cómo es el hombre que interpreta, discierne y encuentra la acción de Dios y la acción humana en el sucederse de los acontecimientos (*GS*, 10). Ahora no es Dios o el hombre en el escenario de la creación, sino Dios y el hombre realizando su condición de creador el uno y de creado creador, el otro. “Quiso Dios con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cfr. Ef 1,9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y en el Espíritu Santo, podemos los hombres y mujeres llegar hasta el Padre y participar en la naturaleza divina (cfr. Ef 2,18; 2P 1,4).” (*LG*, 2).

La centralidad de la cristología se señala claramente en todos los documentos conciliares: es el Señor y su Palabra nos ha sido revelada como la Palabra que da la vida y crea comunión.<sup>1</sup> Decir que Jesús nos revela a Dios es comprender al Padre, al Hijo y al Espíritu como la comunión trinitaria cuya imagen estamos llamados, los hombres y mujeres de este mundo, a realizar en la historia: comunión de la diversidad en la unidad, eterna divinidad de la integración de lo diverso en el Uno, superación de toda conflictividad por causa de la diversidad y realización de la armonía desde lo diferente. Tarea de la teología en el futuro será seguir escudriñando en el misterio insondable del Dios Trinidad santa que nos ha sido revelado, y en las consecuencias para la antropología teológica que esta revelación conlleva (DV, 23-24).

Si la cristología es el eje estructural del armazón de la teología cristiana, entonces el modelo de Iglesia está fundado en la comprensión cristológica consecuente. La eclesiología bebe de una fuente cristológica y pneumatológica en cuanto que el Padre y el Espíritu que nos ha sido revelado en Cristo el Señor llaman a la realización de una comunión de seguidores, que es la Iglesia, a imagen del Dios trinidad (GS, 21). La Iglesia, pueblo de Dios, como comunidad de seguidores de Jesús se construye como servidora del Reino, objeto de la predicación de Jesús; superando así toda consideración de una Iglesia sin Cristo y ubicando el eje central de la cristología en su sustrato cristológico ineludible.

*A todos los elegidos, el Padre, antes de todos los siglos, los conoció de antemano y los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos. (Ro 8,29) Y estableció convocar a quienes creen en Cristo en la santa Iglesia, que ya fue prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en la antigua alianza, constituida en los tiempos definitivos, manifestada por la efusión del Espíritu y que se consumará gloriosamente al final de los tiempos. (LG, 2)*

Esta historicidad de la experiencia de fe retoma los grandes asuntos de la tradición y los sitúa en el sentido mayor de la revelación dada en la historia de Israel y en la historia de Jesús de Nazaret, confesado como Señor y Cristo (LG, 55; DV, 7). De allí la importancia de la exégesis neotestamentaria

1. Señalo sólo algunos numerales de tantos que podríamos citar: *Lumen gentium*, 1ss; *Dei verbum*, 2; *Sacrosantum Concilium*, 2; *Gaudium et spes*, 2; *Christus dominus*, 1; *Optatam totius*, 4; *Perfectae caritatis*, 1; *Apostolicam actuositatem*, 2; *Ad gentes*, 1; *Unitatis reintegratio*, 1.

y su valor para encontrar el sentido mayor de los resultados de una investigación que hoy señala hacia el eje fundamental de la historicidad de Jesús, no sólo para la verdad de nuestra fe, sino para el sentido mismo de una revelación histórica (*OT*, 16). Aquí cobran su importancia los diversos métodos de interpretación de los textos evangélicos; ellos deben converger para realizar la integración de las diversas perspectivas que surgen de los distintos puntos de partida o de las diferentes mediaciones hermenéuticas utilizadas por estos mismos métodos. Legado del Concilio es igualmente esta búsqueda de profundización en las diversas hermenéuticas que conducen a una mejor y mayor comprensión del sentido de la escritura evangélica y de las consecuencias de estos mismos sentidos para la práctica creyente (*DV*, 23-25).

Los asuntos que forman parte de la que en un tiempo se denominó teología de las realidades terrestres no son considerados hoy como asuntos de una teología "terrestre" sino como asuntos que tocan a la teología en sí misma (*GS*, 35-36. 76). Es por ello que hoy, en el contexto mayor de una teología histórica, podemos hablar de una reflexión teológica en diálogo con las ciencias naturales y con las ciencias sociales y humanas. Es claro que los grandes asuntos de humanidad que están implicados en el desarrollo de la biotecnología, como en la ingeniería genética, se tocan con los grandes problemas de la economía, de la diversidad de las culturas y de la diversidad de saberes que la humanidad ha ido desarrollando en los últimos tiempos. El Concilio, pidiendo una adecuación a los tiempos, y una lectura cristiana de los mismos, ha lanzado a teólogos y teólogas a búsquedas interdisciplinarias inéditas, que sitúan una vez más el riesgo de la interpretación como el gran riesgo que aventura a dar respuestas inusuales a interrogantes de sentido que exigen respuestas igualmente con sentido (*GS*, 70ss).

La teología, ubicada históricamente, va generando la producción de saberes en diálogo que, fiel a la interpretación del magisterio, arriesga a la consideración de lo imprevisible, de lo no pensado todavía, de prospectar y proponer en el marco regulador de la Palabra revelada y de la preservación del depósito de la fe (*GS*, 62). Este hecho conlleva una consideración de la relación estimulante entre teología y magisterio, creada por la serena seguridad de caminar juntos, magisterio y teólogos, en la búsqueda entre luces y sombras de la profundización en las verdades reveladas y la realización de los compromisos de transformación de las realidades históricas en estructuras

y acciones anticipadoras del Reino. Esta intencionalidad conciliar es mucho mayor que las dificultades por las cuales la historia reciente de esta misma relación ha podido pasar. Se trata más bien de promover “en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades, para abrir con fecundidad siempre creciente el diálogo entre todos los que integran el único Pueblo de Dios, tanto los pastores como los demás fieles. Los lazos de unión de los fieles son mucho más fuertes que los motivos de división entre ellos. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo” (GS, 92).

En el caso de la reflexión latinoamericana, las situaciones dolorosas que hemos podido vivir, están allí como lecciones para el presente y el futuro, e invitan a una actitud siempre dialogal y creyente, que consciente de lo que se está definiendo como futuro de la humanidad y suerte de los más pobres, anteponga las búsquedas evangélicas a las radicalizaciones totalizantes que no aportan a la construcción de la casa común y sí provocan heridas al interior del cuerpo eclesial. Pero incluso estas realidades lamentables pueden ser interpretadas como signos del tiempo y vividas en la esperanza de que el diálogo puede ser mayor que la confrontación y la necesidad de acentuar el sentido y el carácter dialogal de la Iglesia santa como una adquisición igualmente irreversible, fruto del Vaticano II (GS, 21.43.85).

### **Comunión de seguidores de Jesús el Cristo**

Las diversas imágenes de Iglesia desarrolladas por el Concilio como pueblo de Dios (LG, 9), edificación de Dios (LG, 6), cuerpo de Cristo (LG, 7), orientan hacia un horizonte común de una comprensión de la misma como comunión de seguidores de Jesús que, a imagen de la Santa Trinidad, realiza la unidad en la diversidad. Una eclesiología de comunión y participación como la que se ha desarrollado a partir de las lecturas que del Concilio ha hecho el magisterio latinoamericano en Medellín, Puebla y Santo Domingo, es un legado conciliar que no tiene reversa. Y en esta identidad teológica se realiza la ministerialidad eclesial como concreción en la historia de la comunión que expresa el que –por el bautismo– todos hemos sido agraciados con carismas y dones para la construcción de la comunión que es la Iglesia (*Ibidem*).

Como comunión de seguidores, la Iglesia vive relaciones de igualdad fundamental en términos ónticos y diversidad funcional en términos de

servicios diversos que la consolidan y constituyen como testimonio de la unidad de los diversos carismas en la unidad de un solo cuerpo. La consideración, por tanto, de una Iglesia jerárquica se sitúa en coordenadas de comunión y unidad en la diversidad y no en grados ónticos que significarían una diversidad de distintos órdenes en términos de un más o menos óntico (*LG*, 23-27); es una iglesia, entonces, en donde los fieles cristianos hemos sido llamados a la incorporación a la persona y a la misión de Jesucristo por la sacramentalidad bautismal y en la cual el sacramento del orden realiza esa misma diversidad ministerial en la igualdad fundamental de la economía sacramental. Si bien el Concilio continúa utilizando expresiones acerca de grados inferiores de la jerarquía, el espíritu total de *Lumen gentium* es claro en cuanto a lo dicho en este aparte (*LG*, 29).

El carácter ministerial de la Iglesia posibilita una consideración del valor de los fieles cristianos y lanza hacia una búsqueda de superación de la división clero-laicos en términos ónticos, para insinuar esta distinción en términos de diversidad funcional. La insistencia del Concilio en un compromiso de los laicos con las transformaciones de la historia humana, ha conducido a una progresiva conciencia adulta del laicado que ahora se va configurando cada vez más como Iglesia activa y participativa. La incursión de los laicos en la teología y su participación en organismos eclesiales como los consejos diocesanos, parroquiales y comisiones internacionales ha significado un paso adelante en la realización histórica de una Iglesia plural y dinámica. Y este es un legado conciliar irreversible (*LG*, 30-35).

Esta Iglesia, sacramento de la unidad (*LG*, 1.48) en la diversidad que se realiza en Dios Trinidad, realiza su sacramentalidad como celebración de la fe que se vive (*SC*, 9-10). Todo lo que ha significado la propuesta conciliar con relación al sentido fundamental de la sacramentalidad, inserta en la vida de la comunidad y privilegiando su carácter de celebración de la fe vivida, nos ha conducido a una vivencia sacramental y litúrgica que sitúa la celebración como celebración de la comunión de seguidores y no como actos puntuales de cumplimiento de obligaciones bajo pecado. Y esta es una herencia conciliar ineludible (*SC*, 5.59).

### **Una teología que desemboca en una espiritualidad**

Hablar de espiritualidad es remitirse a una vivencia de la acción del Espíritu de Dios en la historia que provoca un modo de ser y actuar que se apasiona

por Jesucristo y su Reino. El Espíritu de Dios que se cernía sobre la superficie de las aguas (Gn 1,1) es el mismo que suscitó en Abrahán el deseo de dejar su tierra y buscar una tierra nueva donde adorar a Yavé en espíritu y en verdad, el que suscitó en Moisés el impulso de convertirse en liberador de su pueblo esclavo y generó en los profetas y los sabios de Israel el celo por la causa de Dios y la búsqueda continua de consolidar y fortalecer la fidelidad al Dios de la alianza. Ese mismo Espíritu estaba en Jesús para que ungido fuera el enviado a abrir la vista a los ciegos, liberar a los oprimidos y anunciar el año de gracia del Señor.

El Espíritu que para Jesús es uno con el Padre es el que fue dado a la comunidad de discípulos como fuerza nueva que quitó sus miedos y los lanzó a la predicación del kerigma pascual (*LG*, 64.6). Y la comunidad de seguidores de Jesús se convirtió objeto de su acción para continuar en la historia la proclamación de la presencia del Resucitado hasta el presente. La teología como discurso regulado de la fe, por la Escritura Santa como norma de las normas, ha suscitado en la historia grandezas que han podido matizar las miserias y los actos fallidos de todos los seguidores del Camino. Por ello, la necesaria institucionalidad de la comunión eclesial ha sido igualmente impulsada, sostenida y recreada por esta acción siempre nueva del Espíritu capaz de renovar y recapitular todas las cosas en Cristo.

Y en la historia de América Latina podemos identificar con igual clarividencia esta acción del Espíritu, su presencia en las manos creadoras de la orfebrería y en la habilidad de transformar la piedra en monumentos grandiosos que hablaban de su presencia y de su ausencia. En las cosas y en la naturaleza, en lo visible y en lo invisible. El Espíritu en el colorido de los tejidos y en la sinfonía sin par de los tambores, de los guijarros y los totumos, el Espíritu allí, formando el alma de su pueblo en la resistencia y en la capacidad de lucha.

Y, luego, cuando el conquistador acabó con los tahínos, y cuando los aztecas, los mayas y los incas, los caribes, los zenúes y los zapotecas vieron caer bajo el poder del fusil y de la espada todo lo creado con la inspiración del Espíritu; cuando se despreciaron sus logros y la ignorancia docta pudo más que la sabiduría de las flechas y el arte de los bebedizos, el Espíritu seguía vivo en las luchas fracasadas y en las guerras sin posibilidades. El Espíritu en los muiscas, toltecas y motilones, el Espíritu en los chibchas, guanes y caribes, el Espíritu en todas partes. El Espíritu abriendo los ojos a los

pequeños para identificar la voraz voluntad del conquistador, la idolatría desenfrenada del oro de todos los tiempos. Y en la búsqueda frustrada de Tupac Amarú, de Manco Capac, de la Gaitana, de Guaman Poma de Ayala, de Zumbí, Lemba, Mamá Tingó y todas las negras y negros de los palenques; y de tantos otros menos conocidos, el Espíritu seguía “viendo la esclavitud de su pueblo” y enviando a Moisés a liberarle (Ex 6,5-6).

Y cuando los mestizos de América empezaron su búsqueda de la nueva libertad, el impulso del Espíritu vino a ser la presencia que buscó la consolidación de las naciones y la idea de una integración frustrada por las fuerzas y los intereses contrarios al Espíritu. América mestiza polimorfa y plural comenzó a vivir la variedad en la unidad y la diversidad en la búsqueda común de una nueva organización a veces encontrada y otras veces impuesta; ella es expresión de esta diversidad reconocida por tantas leyes de sus Estados. Somos un mestizaje variopinto. Algo va del argentino al caribeño, del ciudadano de las grandes urbes al campesino de los Andes o las costas centroamericanas, pero todos somos América Latina. Es el Espíritu tejiendo la unidad de un continente herido.

469

### **Y la teología y los teólogos y teólogas**

La teología no puede, por tanto, constituirse en un discurso académico frío, sino que está llamada a suscitar un dinamismo de compromiso con la praxis que instauro el Reino y recrea toda posibilidad de búsqueda de las nuevas ilusiones y nuevas creaciones que consolidan la vida de la fe y renuevan el rostro de la Iglesia, una, santa y católica. La historia de la Iglesia se va construyendo como acción del Espíritu que ha estado allí, presente y vivo, incluso en las grandes contradicciones del pasado y del presente, como señal de la vigencia siempre viva de aquella Palabra que fue dicha de manera sugestiva y clara: “Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.”

El Concilio Vaticano II fue el gran evento del Espíritu, que realizando una vez más su acción en la Iglesia, nos ha conducido a señalar que toda reflexión sobre Dios, que todo discurso que escudriña sus designios para con la creación y con la humanidad sigue siendo llamada a la configuración de prácticas liberadoras de toda opresión y de toda esclavitud que impidan la realización del ser humano como templo vivo del mismo Espíritu (GS, 44). El quehacer teológico conlleva entonces una dimensión de racionalidad y

otra celebrativa y mística. Una teología que sólo se contenta con responder al tribunal de la razón corre el riesgo de convertirse en discurso estéril y toda teología que convoca, provoca y realiza una dinámica existencial de compromiso en la transformación de la historia se constituye en nueva acción de Dios por los dinamismos que genera en la vida de las comunidades cristianas (GS, 42).

En esta dimensión de acción del Espíritu en la historia comprendo la llamada al ecumenismo como la necesidad de ser testigos de la posibilidad de la unidad de los hermanos en una misma fe. Ecumenismo que en América Latina hemos identificado primero que todo y ante todo como unidad a partir de los grandes sufrimientos de nuestros hermanos oprimidos. La unión de todos los creyentes en torno a grandes causas de la humanidad es la que nos conducirá a la urgencia de confesar credos comunes, a encontrar los grandes asuntos en los cuales ya no podemos andar dispersos y divididos, porque al sentirnos hermanos en las luchas nos hemos dado cuenta que podemos también convivir en una casa común. Un ecumenismo comprendido de esta manera, se abre, no sólo al diálogo entre cristianos, sino igualmente al diálogo interreligioso. Los gestos de unidad en torno a la lucha por la paz y a la lucha contra la guerra que han sido fruto de admirables y loables iniciativas de parte del Santo Padre son señal de lo que es posible cuando al rebajar el tono de las polémicas teológicas y de las sutiles distinciones de acentos de doctrina en la historia nos unimos en torno a lo humano fundamental en donde vive Dios.<sup>2</sup>

Todos estos elementos conllevan una diversa comprensión de la vida y de la tarea del teólogo y la teóloga en la Iglesia. En primer lugar y ante todo se comprenden y definen como seguidores o seguidoras de Jesús que buscan integrar en la totalidad de su experiencia humana todo lo que de Dios van descubriendo en su propia historia y en la historia que escudriñan. El teólogo y la teóloga se van haciendo auténticamente teólogos en la medida en que se constituyen como testigos y testigas de la fe que interpretan y proclaman a través de sus discursos. E igualmente se van consolidando como aquéllos y aquéllas capaces de verter en registros lingüísticos comprensibles para los diversos ambientes la siempre nueva noticia de Dios en la historia humana.

---

2. *Unitatis Redintegratio*, UR, concibe el esfuerzo ecuménico como un signo del tiempo, 4.

Desde esta perspectiva espiritual, los teólogos y teólogas se identifican como seguidores y seguidoras de Jesús que rastrean la acción del Espíritu regenerador, integrando a su experiencia vital los interrogantes que desde diversas orillas se ofrecen a su inteligencia de la fe (*UR*, 11; *LG*, 12). De allí que hoy, más que nunca, sea necesaria la interdisciplinariedad en la tarea teológica, no para identificarlos como hombres y mujeres de pequeños saberes de todo tipo o de tantos saberes sin ninguno específico, sino como quienes recurren a mediaciones de las ciencias para soportar el peso y el valor de su discurso en las nuevas inquietudes e interrogantes de los hombres y mujeres del presente (*LG*, 93).

Por ello, para la teología contemporánea, el Concilio sigue allí, como el reto mayor a continuar adelante con esperanza e ilusión. Y al decir lo anterior no desconozco ni pierdo de vista el atardecer de tantas búsquedas teológicas en este continente. A pesar de todo lo sucedido, sí quiero mantener la convicción de que sólo a partir de la esperanza podemos permanecer en fidelidad, en fe y capacidad de construirnos mutuamente en caridad. Aún es posible seguir creyendo en el grandioso abanico de posibilidades de realización de la existencia creyente al interior de una Iglesia que puede llegar a ser cada día más profética y testimonial, iluminada por la luz de un Concilio que desde hace tantos años soporta nuestra confianza en la posibilidad de mantenernos con amor en la frágil barca peregrina. En el hoy de la humanidad y de este continente de ilusiones pringadas por tragedias conocidas, la Iglesia continúa siendo invitada al festín de la fidelidad y la confianza en Jesucristo. En él, el único Señor de la historia, en quien todas las cosas fueron creadas.

## BIBLIOGRAFÍA

CONCILIO VATICANO II, *Documentos*.

Conferencias Episcopales de Medellín, Puebla y Santo Domingo, Conclusiones.

DUQUOC, C., *Cristología 2, El Mesías*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1972.

GESCHE, A., *Jesucristo*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2002.

GONZÁLEZ FAUS, J.I., *La humanidad nueva. Ensayo de cristología*, Sal Térrea, Santander, 1984.

- LAURET, B., REFOULÉ, F., *Initiation á la pratique de la théologie dogmatique I*, Les Éditions du Cerf, París, 1982.
- METZ, J.B., *La fe, en la historia y la sociedad*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1979.
- METZ, J.B., *Más allá de la religión burguesa*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1982.
- MOLTMANN, J., *La Iglesia fuerza del Espíritu*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1978.
- Revista Alternativas*, "¿Qué queda del Concilio Vaticano II?", Año 9, No. 24, julio-diciembre, Editorial Lascasiana, Managua, 2002.
- SCHILLEBEECKX, E., *Los hombres relato de Dios*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1995.
- SCHILLEBEECKX, E., *Jesús la historia de un viviente*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1981.
- WILLING, R., *La teología del siglo SXX*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1980.